de mi madre. Pronto siguió en pos de las notas del piano, hasta confundirse con ellas, una voz cuyas vibraciones disiparon la brumosa corona de la luna. ¿ Quién cantaba así? ¿ Quién modulaba con arrullos de indecible dulzura aquel grito sublime del alma que se va, aquel grito lleno de pasión y sentimiento con que la pobre *Traviatta* se despide de la vida? Insensiblemente me puse de rodillas y con la cabeza pegada al barandal escuché.....

¡ Ah! infeliz, infeliz! Hiciste bien en morir, mujeralma, mujer-amor, cuyos besos, cuyas lágrimas llegaron á ser verdad, que conociste toda la eternidad de torturas que la pasión recorre en un minuto, en el minuto que transcurre entre un beso y una lágrima; Margarita Gautier, hija de tu corazón, hija de tu sacrificio, que te elevaste sobre la Margarita Gautier del fango, como sobre él se levanta la mata de camelias blancas. Pobre Traviatta que entonabas al morir una tan triste canción; último acorde iniciado en una noche de placer de Cleopatra y resuelto en una noche de dolor de Magdalena....

Y recogía y guardaba en mi seno los pétalos derramados á mis pies; era la flor preferida de la Dama de las Camelias. La niña que me había arrancado del delirio me ayudó á recogerlas. ¿ Por qué hace V. esto, Señor? me preguntó. — Niña mía, esta era la flor favorita de la que canta... — Sí, de Carmen, contestó la chiquilla.

Arrojé las hojas de camelia, dirigi al vacío una mirada llena de odio como si debiese llegar hasta la desgraciada cortesana. Me avergoncé de haberla glorificado. ¡Carmen! La vestal de mis purísimos ensueños cantando las últimas palabras de una entretenida!; Por qué? Un lacayo con su gran librea galoneada me presentó en una bandeja de plata varios vasos de humeante punch; apuré tres ó cuatro queriendo apagar con el licor ardiente de Jamaica la llama que consumía mi masa cerebral. En aquellos momentos un trueno de aplausos respondía á la última nota de Carmen.

Quise verla y me dirigí al salón; comenzaba una habanera: era preciso impedir que mi amada bailase: llegué cuando se balanceaban las parejas componiendo la primera parte de la danza. Al principio crei que estaba muy lejos de mí; mas llegué á convencerme de que estaba muy cerca. Vestía de blanco con adornos de color de paja y estaba escandalosamente bella. Algo pálida su tez, tomaba, en derredor de sus ojos, una tinta azulosa que de lejos parecía negra y, cosa horrible, su tocado era de camelias. Lo que sufrí fué indecible ; sus ojos se encontraron con los míos y entonces exclamé de modo que me oyese bien, y todos deben haberme oído: Carmen, mi madre ha muerto. - ; Ah! contestó ella y enlazada por los brazos de su pareja se perdió entre una nube de faldas de seda. - Es V. un hombre, me decía al siguiente día, el doctor Ortega, y á los hombres no se les debe ocultar nada. ¿ Sabe V. qué tiene? -¿ Qué, doctor ? — El tifo.....

Luego que pensé en ello comprendí que el doctor se había equivocado; me sentía bastante fuerte para llenar mi programa de aquel día. En primer lugar desempeñar mi comisión; para ello me era indispensable ver á la

77

Mariscala; se trataba de procurar que la guerra fuera menos sangrienta. Un amigo, Alfredo B., me proporcionó la entrevista; ella acogió la idea con entusiasmo. Me recibió en una salita de su casa de B. V.; no olvidaré nunca la grata impresión que en mi hizo la mezcla de coqueto donaire andaluz y de indefinible gracia mejicana que encantaban en ella. En el acto me introdujo cerca del M. B. y todo quedó allanado. — Después, y aunque agobiado por una fatiga extraña, me hice llevar al Tívoli de Sn. Cosme, en donde había dado cita á mis amigos; en ese banquete iba á naufragar todo mi capital; no importaba; necesitaba verlos y recobrar mis fuerzas con el contacto de sus corazones buenos.

Notas. — Ahora, mis siempre indulgentes lectores, tomo de nuevo la palabra para llenar con mis recuerdos personales la laguna que existe en el libro de memorias de Manuel. Yo asistí al convite de que habla el párrafo anterior; fué un ágape fraternal; al evocar su recuerdo, se renueva en mí la impresión profunda que me causó.

Después de nuestras ruidosas y calurosas bienvenidas, que él apenas contestaba con monosílabos y con febriles abrazos, la conversación comenzó á decaer; no sabíamos á qué atribuir el silencio de nuestro anfitrión, porque aunque su estado era evidentemente anormal para cuantos estábamos ahí, ignorábamos el tremendo diagnóstico del médico. Súbitamente, después de apurar una botella

de cognac, Manuel comenzó á hablar con una verbosidad nerviosa y enfermiza.

« Yo, decía, espero creer todavía veinticuatro horas en la inmortalidad del alma, porque después de este tiempo cesaré de amar y el alma es el amor; en estos instantes sé que ese plazo es el que á mi pasión marcó el destino. Lo pasado queda desde este momento perfectamente iluminado para mí. Es la primera vez que vengo á este planeta que llamamos Tierra; vine siguiendo á Carmen. Tres mil quinientos cuarenta y tres años hará de aquí á veinticuatro horas que conocí á aquella á quien pensaba presentaros como esposa. Esto pasaba en otro sistema planetario, en un mundo que los ojos telescópicos de los astrónomos pueden descubrir en las noches de invierno como la cabeza de un alfiler de oro prendido en la inmensidad. Allí la conocí bañándose en el cáliz de una rosa. Os iba á decir que era más bella que ahora, mas es preciso que sepáis cómo era su belleza.

» No hay nada que produzca una impresión más religiosa en el corazón del hombre que hundir todo el pensamiento en los misterios de la noche. En el momento más solemne de nuestra contemplación, cuando nuestro ser impregnado de recogimiento y de unción, toca en las regiones en que la conciencia se desvanece y comienza el éxtasis ¿ quién no ha visto abrirse no sé qué ojos divinos en lo infinito é irradiar hacia la creación una mirada que hace palidecer á las constelaciones? Tiene entonces el alma una fruición sublime, conoce la beatitud, entra la eternidad en su deleite, y aquel momento

deja en nosotros una huella imperecedera, un arquetipo, un ideal, el bello ideal. Si en ese rapto bendito Eva surge de la espuma del mar, Adán inventa la palabra divina del lenguaje humano: amor. »

« El bello ideal para nuestros veinte años es la fusión del más suave destello del lucero de la mañana y del primer fulgor del sol. Figuraos esa indefinible luz bañándose en el cáliz de una rosa y tendréis á Carmen. Mi amor por ella encendió en el firmamento muchos soles y nuestras mitades de alma estaban á punto de rehacer su unidad, cuando una imperceptible línea negra se interpuso entre los dos. Yo que jamás he creído en la muerte, llamé á aquella sombra: el destino. »

« Ella se perdió como una exhalación en el espacio y yo he gastado tres mil quinientos cuarenta y tres años en interrogar al destino que no está fuera, sino dentro de nosotros. Me acaba de responder que dejaré de amar á Carmen dentro de veinticuatro horas. »

Y apenas acababa de decir estas postreras palabras, cuando su vaso fué á estrellarse sobre un tiesto de barro en donde crecía un hermoso arbusto cuajado de camelias: « Maldecid esas flores, gritaba como un demente, maldecid esas flores; son y han sido malas para mí desde hace millares de años. »

No cabía dudar; algo muy grave pasaba en nuestro amigo. Era un demente ó un febricitante; el pulso nos reveló la intensidad del mal. Lo condujimos á su habitación en un carruaje. Poco después volví resuelto á hacerle compañía durante su enfermedad y no lo hallé. Esperé largo tiempo en vano. ¡ Ay! no debíamos tornar á vernos en la Tierra.

Libro de memorias. El banquete dado en el Tivoli á mis amigos había agotado todos mis recursos; pero esta situación me proporcionaba un áspero placer; por fin había arrojado el guante á la sociedad y esta altiva convicción de independencia era lo único que mantenía en mi la ya debilísima llama de la razón. Devorado por la calentura me lancé al azar por las calles; me sentía ya próximo á caer en tierra, hacia la que se inclinaba cada vez más mi cabeza disuelta por dentro en un dolor intolerable, y ya extinguida mi facticia actividad, segui, como instintivamente, á una pobre muchacha del pueblo, vestida como una costurerilla sin trabajo y linda como una rosa... pálida, como una rosa-thé. Cuando conoció que yo la seguía apresuró el paso; entramos en un barrio del norte de la ciudad, más allá del mercado de Sta. Catarina. La chicuela corría espantada de mi tenaz persecución; llegó á la puerta de su casa y llamó precipitadamente; en ese instante me aproximé á ella, y sentándome en el umbral de aquella pobrísima mansión sentí una necesidad inmensa de llorar, cuando ví á la niña entrar como loca y cerrar la puerta de la accesoria tras ella. Hacía un año que mi madre había muerto y hasta entonces pude pesar todo lo que encierra de amargura y abandono la palabra huérfano.

l a muchacha se llama Refugio y ella y su madre han sido hermana y madre para mi durante mi larga y peligrosa enfermedad. Precisa que yo vea á mis amigos, pensaba yo cuando el tifo vencido me permitió pensar; es preciso para que me den dinero con que auxiliar á estas pobres gentes. Pero este medio me repugnaba por extremo; no me resolví. Voy á ponerme á trabajar desde mañana, me decía yo, recordando la última recomendación de mi madre. « Ámala, pero si te hace sufrir, trabaja. » Así lo haré.

Logré, no sin dificultades, ser ayudante en la escuela del barrio. — Adiós para siempre salones y flores, amigos y estudios y fiestas y goces; adiós, Carmen. Vosotros erais la alegría, el perfume, la vida, la luz; la luz, sí. Hoy la lápida social ha caído sobre mí. Viviré en el subterráneo entre todas las oscuridades y todas las privaciones. He entrado en la sombra.

Cansancio, cansancio horrible. No he podido soportar mucho tiempo mi trabajo en la escuela y heme aquí lleno de fatiga sin poder moverme de mi cama. Tres días hace que me acosté y conozco que no estoy enfermo; no siento en el cuerpo dolencia alguna, pero estoy muy cansado. Vivir en mi lecho, es todo el porvenir que ambiciono. Á veces el recuerdo de Carmen enciende una llamarada en mi cerebro, pero sin excitar ningún movimiento de odio en mi corazón; debo de amarla todavía, amo más mi cama, sin embargo. Estas buenas gentes creen que estoy muy enfermo, no lo creo; lo que tengo es una extraor-

dinaria pereza, con ella sólo de una cosa puedo morirme... de hambre. Ver á mis amigos, ni pensarlo; querrán que yo trabaje, que yo lleve una vida activa... ya eso es imposible para mí. Vivo con dos personas que, á toda costa, me impiden cualquier molestia. Estoy vegetando en una miseria bastante cómoda, casi confortable.

Es un cuarto de una vivienda que tiene dos, en una casa de vecindad; no hay en él ventanas; apenas una puerta negra en un rincón; las paredes sudan agua; tal es mi casa. Una cama de madera verde con el lujo inaudito de tres colchones, una mesa, dos sillas de tule y en la parte del muro en que suele reflejarse una claridad gris al mediar el día, un viejo cartón con una litografía de Julien, muestra de dibujo que sustraje de la escuela del barrio, encaprichado en que era el retrato de Carmen. Jamás había luz en mi cuarto; sólo cuando entraba Refugio podía creer que entraba un rayo de sol.

Refugio tenía quince años, ojos de terciopelo negro sensuales é ingenuos y una carnosa y roja boca de criolla. Su tez de color de perla ligeramente nacarada en las mejillas, formaba deliciosos hoyuelos y graciosas líneas en el rostro y el cuello; sobre el labio superior azulea un bozo tenue y provocador. Refugio es una adorable criatura; ama, sobre todas las cosas en este mundo, á su madre, á su gato y á D. Manuel, como me decía; estos dos últimos amores los encontró en la calle, huérfanos y enfermos. Cuando era yo ayudante del maestro de escuela le regalé un bonito vestido de popelina y con

coplero de mis años había oído de su irónica y benévola boca: siga V., amigote, siga V.

Refugio me contó que la vieja renovaba sus ofrecimientos y se conocía que la infeliz muchacha hacía noches que no dormía, porque toda su frescura había desaparecido, el brillo de su tez se había apagado y un círculo azuloso como el halo que forma la niebla en torno de los astros, rodeaba sus magníficos ojos. La pobrecilla no podía ir ni á la casa de la dama que la protegía, ni á un taller, por no dejar á su madre. Oí todas sus quejas, esos pudorosos y coléricos temores que asaltan á una muchacha cuando ha conservado su candor hasta en el fango, y estas ansias y tristezas hicieron brotar lágrimas del corazón de Refugio, y á todo ello debí responder, pero mis esfuerzos para decir lo que sentía fueron impotentes y ella, creyéndome dormido, se alejó de puntillas limpiándose los ojos.

Pasaron algunos días; la madre de Refugio agonizaba hacía dos; algunos dolores agudos en el pecho sacudieron un poco mi atonía. Entró mi ángel guardián con un plato de sopa de leche; la fiebre había despertado en mí un apetito facticio; la pobre niña me veía comer con una expresión de espanto (yo casi no comía nada) que no pude menos de notar. Ella se turbó al responderme, y yo comprendí que sentía algo muy recóndito, que no quería descubrir. Su ansiedad crecía de

punto y cuando dejé el plato vacío, se echó á llorar. Resistióse, sin embargó, á contestar las preguntas que yo le dirigí, aturdido por aquella explosión súbita. Retiróse tambaleando; yo me sentía muy débil para sostenerla; salió por fin y oí, sin poder moverme, que rodaba por el suelo y que se apagaban sus sollozos.

Después lo supe; lo que Refugio había tenido era hambre; el dinero de mis libros, de cuanta ropa había en la casa, de su colchón, de su cama, todo se había agotado; los préstamos á las vecinas tuvieron que cesar. Pidió de comer, para su madre y para mí; cuando consiguió el gran plato de sopa de leche, hacía veinticuatro horas que no probaba alimento. Creía que yo, como de costumbre, tomaría dos cucharadas; por eso cuando me vió limpiar el plato, estalló la protesta de la materia.

Refugio se privó al salir de mi cuarto y, gracias al amparo de los vecinos, pudo reponer algo sus fuerzas. En la noche su madre tuvo necesidad de beber un narcótico recetado por el médico, la pobre mujer sentía dolores fulminantes en las entrañas. Refugio se volvía loca. La receta, por ser para una indigente, costaba seis reales y no había tiempo que perder. Detúvose un momento delante de su madre y al observar la espantosa contracción de su rostro, dió un grito y se lanzó fuera. La portera notó que salía acompañada de la infame vieja; el medicamento fué á la casa, pero Refugio no. Á las tres de la mañana murió su madre.

Los dolores de mi cerebro, los de mi pecho no me dejaban casi respirar y mi aliento abrasaba. Esta fiebre, antigua conocida mía, me devolvió una actividad repentina; tomé mi Elzevir y corrí al portal de Agustinos; allí un librero, viejo y conocedor, me dió algunos pesos y volví con ellos á casa; ya había con que enterrar á la madre de Refugio. Al entrar en mi oscura pocilga, sentí que había una persona en la puerta de la habitación; era ella. Mi mirada debió de reflejar la ansiedad inmensa de mi corazón y condensarse en una interrogación suprema porque me dijo con voz entera: No.

La tomé en mis brazos ebrio de júbilo y la conduje á mi cuarto; la puse sobre mi desnuda cama, en la que no había ya más que un colchón y ella me besó en la boca. Yo me sentí helado. Refugio me contó entonces su horrible aventura: Ayer corrí desesperada á entregarme: era preciso que mi madre no sufriese. La Providencia y Nuestra Señora me protegieron, porque, sabiendo que ya estaba acá la medicina, me resistí hasta el grado de armar un escándalo; el escándalo me salvó. Ahora lea V. este papel que, hace un mes, tengo en mi poder.

Era una carta de Carmen; decía así: « La casualidad me ha guiado al lugar donde vives. ¿ Qué tienes? ¿ Por qué no me has venido á ver? Yo soy la misma. — Carmen. »

Dios mío, Dios mío, cómo sentí renacer mi amor en aquel instante; mis recuerdos tristes se fundieron súbi-

tamente en una atmósfera llena de oro, del oro de los poetas, del que brota del sol en raudales claros. Surgía de mi interior á la luz, el hombre muerto para el amor, para la santa vida del sentimiento. Las hadas de mis juveniles ensueños volvían en bandadas, volvían riendo, iluminando mi estancia con el lampo azul de sus ojos. El día, que había entrado en mi corazón, irradiaba su luz en mi aposento; la litografía de Julien parecía iluminarse con una fulguración sobrenatural. Allí estaba también, pálida, mirándome con sus grandes ojos opacos, Refugio, la hija de la muerta. Yo balbucía en medio de mi delirio frases apasionadas, con las que rodeaba el nombre de mi Carmen, como con una corona de azahares, la que debía yo llevar á su frente.

Me pareció ver una gruesa lágrima en la mejilla de Refugio; me pareció que se marchaba lentamente. No la detuve, porque hundida la cabeza entre las sábanas había quedado desmayado y extático. Debí de permanecer en aquella posición algunas horas; al levantarme ví con horror que las sábanas y mis labios y mi cara estaban llenas de sangre; sentí también un gran agujero lleno de fuego dentro del pecho. Me puse á reir. ¿ Por qué llorar? Así había sido para mí la vida; no me había dejado llegar á nada. Me sentía morir; adiós, Carmen; adiós, mis sueños. Yo bien sabía lo que tenía, la enfermedad hereditaria... estaba tísico.

Arrastrandome llegué à la vivienda de la casera ; pregunté por Refugio ; había salido con la infame vieja. Verá V. como ya no vuelve, añadió. Suponga V. que creía que V. iba á casarse con ella ; todavía esta mañam me lo repetía. ¿ Y qué le hizo V. ? Porque iba llorando...

Cuando volví en mí de mi desmayo: ¿ Qué quiere V.1 me preguntó la casera asustada. — Mande V. con esta tarjeta mía al hospital de Jesús, para que me traigan una camilla.

Aquí cierro estos apuntes por prescripción de mi joven médico. Con ellas dejo de ver á lo pasado que es un minuto, y vuelvo los ojos al porvenir que es la eternidad.

Notas. Algo nos resta aun por contar. Como los lectores han visto, mi infortunado amigo no fué víctima ni de la sociedad, como vulgarmente se dice, ni de esas tremendas desviaciones de la pasión que despeñan un alma de abismo en abismo; no, fué víctima de su temperamento femenil y poético y de su imposibilidad de adaptarse al medio en que necesitaba su espíritu respirar un ambiente cuyo oxígeno es el amor. Por eso su pequeño drama, negro y triste, es un episodio del drama humano que tiene en este planeta un acto, y su prólogo y su desenlace en lo desconocido.

Un gran inglés ha dicho: el corazón humano es mayor que todas las vicisitudes y todos los desengaños. ¡Ay! no, no siempre, algunas veces un solo desengaño hace

en él una de esas heridas de entrañas, que no cicatrizan, por donde se escapa la sangre; y esto depende, no de lo agudo del desengaño, sino del temple delicado del corazón. Esa es la explicación de Manuel. No estaba hecho para vivir; el roce con la realidad tenía que agotar su fuerza y detenerlo al fin. El amor por Carmen determinó en él una fiebre perpetua que le adelgazó y le abrió una llaga en el corazón, por donde se escapó la vida.

El libro de apuntes del alma que acabáis de leer, es la traducción, en mezquino lenguaje, de las voces interiores, de los himnos, de las vibraciones dolorosas que conmovían el espíritu de este romántico soñador. Hay corazones, como hay inteligencias, que son el umbral de la inmensidad. Esos no se aclimatan aquí; son aves de paso por este clima; caen muertas como en los miasmas de la Estigia, aquí no encuentran ambiente respirable. Lo que en otros lugares sería un astro, aquí es una tempestad; lo que allá sería una sonrisa, aquí es una lágrima.

Manuel era un sentimental, en la más completa acepción de la palabra, era un héroe del sentimiento. Colocad á un ser de éstos frente á una muchacha bella, buena y coqueta (como son la mayoría de las bellas) y os explicaréis las memorias; á ellas vamos á agregar un breve apéndice: los apuntes del médico que asistió á Manuel en el Hospital nos han servido para componerlo.

Durante los primeros días que estuvo Manuel en el hospital sólo de noche abría los ojos y entonces llamaba á alguna persona y le suplicaba que durmiese cerca de

de él, porque tenía mucho micdo. Para naturalezas tan impresionables como la de nuestro amigo era una angustia indecible encontrarse en la sala de un hospital. Ver repetida en derredor á cada instante la imagen anticipada del episodio supremo en que ni por un minuto quisiéramos pensar... Oír las quejas de los que viven, el estertor de los que mueren; las preces de los sacerdotes junto á los lechos de agonía; todo ello envuelto en ese olor indefinible de enfermedad y de medicina que no tiene igual, que huele á dolor y á miseria humana, por decirlo así. Luego todos los rumores cesan, pero se siente que nadie duerme, que todos los ojos están entrecerrados y todos los oídos atentos. Luego en medio del silencio glacial, unos pasos que suenan acompasados en el piso de madera; queda un número vacío, unas horas después lo ocupa otro candidato de la muerte.

Estas emociones debieron acelerar el fin de Manuel; cuando acabó de escribir los últimos renglones de sus memorias, y logró el médico que no escribiese ya, entró en calma. La conflagración interior tomaba proporciones fenomenales; pensaba en Refugio con honda tristeza y pensaba en Carmen. Frecuentemente lloraba y reía de felicidad creyéndose á su lado; si deliraba le hacía invitaciones llenas de ternura para que lo acompañase en la peregrinación de la tumba. Recordaba á veces á su madre y repasaba su infancia, cuando allá en su caliente valle natal oía la música del viento en los cañaverales ó bebía en el aire el aroma de los cafetos en flor ó se pasaba las horas arrojando en el humo de su eigarro y,

rumbo al cielo, sus ensueños que flotaban en el infinito bajo un inmenso capelo de estrellas cuyos bordes descansaban en la serranía dominada por la correcta pirámide blanca del Orizaba.

« Cada día te veo más hermosa, decía á Carmen en uno de sus apasionados deliquios; con qué adoración te miro acercarte á la lámpara que arde en su tazón de cristal, para leer palpitante de emoción mis pobres versos, que son como las estrofas de un himno religioso entonado ante tu altar y que podía condensarse en esta frase: sursum corda. A ti, blanquísima Carmen, á ti elevo mi corazón como la expresión de un culto con el que se confunde mi culto á Dios. ¡ Qué esbelto es tu talle, qué flexible tu cintura, cómo hacen soñar las curvas escultóricas de tu seno! Voy á morir, Carmen mía, voy á morir cuando concluyas de leer mis versos, cuando te sientes á mi lado, porque quiero morir entre tus labios... Sí, madre mía, yo trabajaré, trabajaré mucho á pesar de que ella me ama, á pesar de que ella no me ha engañado; debe ser tan dulce trabajar para que ella tenga flores!»

Y todos sus delirios se parecían á este; sólo su verbosidad se iba debilitando. Al cabo de algunos días, separando con un esfuerzo la vista de la puerta en donde la tenía clavada constantemente, preguntó al practicante ? Qué, no vendrá Carmen? — El joven interrogado sonrió con amargura. Al caer la tarde dijo solamente esta palabra: morir. En seguida con una larguísima y honda fatiga escribió para mí la carta que he trascrito al principio de esta narración; sintió de nuevo lo que él lla-

maba pereza infinita y el recuerdo de su madre predominó en su cerebro. Toda la noche permaneció en silencio; apenas tosía, sólo su respiración era jadeante y dolorosa. Una Hermana de la Caridad fué su compañera en aquella agonía. Al amanecer, con una voz dulce como un arrullo, murmuró: Cada vez más hermosa, qué rosas tan lindas las de tu peinado, qué ojos, qué boca... un beso. — El primer rayo del sol naciente besó en la boca al pobre muerto.

El último día de muertos fuimos algunos amigos de Manuel á visitar su sepulcro en Sta. Paula. Estaba adornado con flores, dos cirios ardían junto á él. ¿ Quién se ocupaba en esto? El sepulturero nos lo dijo: una señora que iba allí de cuando en cuando. ¿ Quién será? nos preguntábamos: ahí viene, esa es, nos dijo nuestro hombre. Era una joven vestida con lujo, pálida debajo de la pintura que cubría su cutis. En el acto se adivinaba que era una de esas desgraciadas á quienes no puedo dar aquí su nombre. Logramos saber quién era; se llamaba Refugio.

¿ Y Carmen?

El lunes de la pasada semana, recibí una tarjeta de un amigo que me esperaba con urgencia. Quería presentarme á una señorita que deseaba mucho conocerme. Venciendo mi timidez casí salvaje cuando de mujeres se trata, pero aguijoneado por la curiosidad, seguí á mi amigo, caballero yucateco, popular, digámoslo así, en la alta sociedad mejicana por la exquisita finura de sus modales, por su hidalguía y por su artística destreza en el manejo de la espada.

Llegamos á la casa de la señorita en cuestión. - ¡Ah! exclamé, comprendiendo de quién se trataba. Subimos; entramos, después de anunciados, á una salita, un recibidor para los íntimos, muy elegante, muy femenino. Muchos vasos de flores, muchos pequeños objetos de arte, media luz; sobre una mesita de laca con fantásticas incrustaciones de cobre, auténticamente china, estaban los folletines en que yo publicaba las memorias de Manuel; allí nos recibió de pie, muy nerviosa y muy pálida, profundamente anémica al parecer, la bella Carmen (ya muchas de mis lectoras le habrán dado su verdadero nombre). Su peinado y su vestido eran deliciosamente sencillos; ni una flor, ni una joya. Después de las triviales fórmulas de costumbre, mi amigo Pedro se instaló discretamente en el balcón y quedamos solos Carmen y yo.

Ella comenzó con voz que acusaba un esfuerzo extraordinario para no convertirse en sollozo: Cuánto habría deseado que V. hubiese tenido la bondad de mostrarme las memorias de Manuel antes de publicarlas. — Señorita, yo creí cumplir la intención de mi pobre amigo publicándolas y no tenía el honor de conocerla á V. — Señor, la lectura de ese libro me ha producido un efecto superior á cuanto V. puede imaginar; creo que me ha matado, pero lo agradezco porque, leyéndolo, adquirí la

conciencia de lo que yo quería á Manuel. (Pausa). Ni intención al llamarlo á V. ha sido desvanecer, si logro ser creída al jurar por su memoria (lágrimas desde aquí) un horrible cargo que parece hacerme. Hablo de la escena que él refiere que pasó en esta misma casa al día siguiente de haber llegado á Méjico. Fácil es demostrar á V. que en esos días estaba yo en Tacubaya enferma. Mi casa estaba cerrada y mucho tiempo hacía que no asistía yo á un baile.

Quedéme aterrado. ¡ Cómo Manuel pudo haber fingido esa historia tan simple y que parecía tan verídica! · Efectos de la fiebre, me dije, estupefacto y profundamente conmovido ante el dolor de la joven. Carmen me aseguró, luego, que había respondido á algunas de sus cartas; que cuando supo que estaba en Méjico le había escrito el billete que mis lectores conocen y que hasta que comenzó la publicación de sus memorias no había conocido su dramático fin. - El amor de ese hombre me enorgullece y hace imposible todo otro amor para mí, me dijo al despedirnos ; lo que no quiero es que me crean indigna de él. - Trataré de reparar el mal, señorita, repuse, voy á agregar un párrafo á la necrología de mi pobre amigo; contaré lo que V. m; ha dicho. -Gracias, me contestó, dándome su mano ligeramente húmeda v profundamente fría. - Voy, añadí, á enviar á V. el original de Manuel ; si alguna vez se casa ; me lo devolverá V.? - En ese caso, me interrumpió con amargura, no se lo devolveré nunca ; gracias. - Y abandonó la sala con el pañuelo en los ojos.

Unas amigas íntimas de Carmen, á quienes revelé los nombres que ocultaban los protagonistas del libro de memorias, me confirmaron plenamente lo que la pobre novia de mi amigo me había dicho. Luego, el médico que había descubierto que Manuel tenía el tifo, y cuyo nombre es perfectamente conocido en Méjico, me afirmó que el joven había ido de la diligencia á encerrarse en un cuarto de una casa de huéspedes, de donde no salió, después de delirar toda la noche, sino para hacer su visita al jefe francés y para comer con sus amigos en el Tívoli. No pudo pues ver á Carmen.

Yo mismo quise llevar á Carmen el libro de memorias; no la encontré en su casa y, resuelto á volver, para mostrarle los términos en que debía aparecer su vindicación, me dirigí á casa de las amigas de que antes he hablado para mostrarles también mi párrafo. Una de ellas, haciendo reminiscencias, me refirió que uno de los últimos bailes á que Carmen había asistido, fué uno famosísimo dado en el Casino español. Entonces se habló mucho de que estaba á punto de casarse con uno de esos jóvenes exóticos, muy apuestos y muy negociantes, que pulularon aquí en tiempo de la Intervención. Algo debió de haber, agregó mi interlocutora, porque ella estaba animadísima y el elegante Esp. llevaba en el ojal de su casaca, al salir del baile, todas las flores que Carmen llevaba al entrar á él en su peinado. - Esta confidencia me dejó perplejo; me volví á casa resuelto á no dar el libro; y; oh! coincidencia extraña! la fecha del baile coincidía con la de la noche en que, mientras su madre estaba tendida, Manuel tenía la visión ó él presentimiento de la infidelidad de Carmen.

No volví á verla; resolví contar, por vía de epílogo, los incidentes que quedan apuntados; si ella se ofende, lo siento. Pero no irá una condescendencia mia á turbar la paz del autor del Libro de memorias.

NIÑAS Y FLORES

Á Manuel Diaz Mimiaga.

Había en el Celeste Imperio, en una de las provincias que bordan el Hoang-Ho (río amarillo) un inmenso estanque azul encerrado en un engaste de flores y plantas lustrosas y verdes, como un zafiro entre corales y esmeraldas. En las riberas de aquel lago minúsculo florecían, en matas lujuriosas, las magnolias y las camelias, perfumadas unas como la boca de la primavera y bellas las otras como la corona del Hijo del cielo. Los nelumbios blancos sacaban del agua, entre un haz elegante de lanzas de seda verde, su copa de alabastro color de leche y su grueso pistilo de oro.

En la margen oriental del estanque azul, y viéndose en él todo el día como una coqueta en su espejo, se levantaba un pabellón de porcelana con sus celosías de varillas de nácar y sus cornisas bordadas de encaje de metal y terminadas en ángulos puntiagudos y doblados hacia arriba y de los que pendían campanillas sonoras que á cada beso del viento dejaban oír su tenue y risueño repique, al que